



LA IDENTIDAD DE LA IZQUIERDA

Entre la autonomía y la fragmentación

José Félix TEZANOS

La crisis del comunismo, y la conmoción que esta crisis ha producido en ámbitos muy amplios de la izquierda y del pensamiento social en general, es una demostración palpable de que la historia —toda la historia— no está escrita, ni el futuro puede verse como una referencia cerrada y perfectamente predecible. En realidad lo que ha venido ocurriendo a lo largo de las últimas décadas de este siglo no ha confirmado ni las tesis del fin de las ideologías, ni las del fin de la historia, sino que, más bien al contrario, ha reforzado la virtualidad de la sociedad abierta, con todas las oportunidades que ofrece la *historia* inconclusa y con todas las nuevas *posibilidades* de futuro que hacen posible los sistemas y las modalidades no dogmáticas de pensamiento y de acción política.

La crisis del comunismo, con su enorme carga simbólica, no ha supuesto, pues, ni el final de la historia, ni el colofón de una historia particular, pero es un exponente de que estamos asistiendo al fin de un *ciclo histórico* singular caracterizado por la concurrencia de varias *ideologías fuertes*, dotadas de recias concepciones globalizadoras y con una extraordinaria capacidad de movilización social y de protagonismo político. En pocas décadas hemos asistido al auge, decadencia y quiebra rotunda del *fascismo* y del *comunismo*, mientras que, a su vez, el *liberal-capitalismo* tradicional ha ido evolucionando hacia planteamientos de economía mixta y hacia formulaciones ideológicas blandas, al tiempo que el *socialismo* democrático en muchos países ha empezado a presentar signos de «agotamiento» —en parte por sus propias realizaciones— y de cierto desdibujamiento de su discurso ideológico.

¿La izquierda en el diván del psicoanalista?

En estas circunstancias concretas, y en el ámbito de sociedades sometidas a intensos procesos de cambio en todos los órdenes, no es extraño que muchos vuelvan la vista atrás y se pregunten perplejos: ¿qué queda de las grandes ideologías del pasado?, ¿con qué elementos de certeza nos vamos a enfrentar a los dilemas del futuro?, ¿quién va a controlar y dirigir los vertiginosos procesos de cambio en que nos vemos inmersos?, ¿quién lo está haciendo ya realmente?

La izquierda ha conjugado desde sus orígenes dos fuertes componentes *duales*. Por una parte, el socialismo fue desde el principio, a la vez, un movimiento intelectual y un movimiento social. Asimismo, en su dinámica histórica el socialismo, antes de cobrar verdadera fuerza, quedó escindido en dos ramas que en no pocas ocasiones se confrontaron con dureza: la rama comunista y la rama socialdemócrata.

En nuestros días no faltan todavía los que consideran que el componente intelectual ha sido uno de los elementos más definitorios del socialismo. Así, por ejemplo, Dahrendorf ha calificado recientemente al socialismo como «una invención intelectual que abarca de Saint-Simon a Lasalle, de Marx a Gramsci, comprendiendo asimismo los cientos de desviaciones secundarias del marxismo: y todos ellos —sentenciará Dahrendorf— han terminado en la alcantarilla de la historia descartada» (1).

Ciertamente el socialismo ha sido uno de los movimientos de ideas más importantes en la historia de la humanidad. Un movimiento que durante años ha «cautivado» y ha proporcionado «temas de reflexión» a muchas de las mejores cabezas intelectuales de un tiempo histórico caracterizado por la búsqueda de grandes certezas, grandes visiones globales y grandes proyectos de ingeniería social. Muchos intelectuales, como subraya el mismo Dahrendorf, encontraron en el socia-

lismo, a la vez, ingredientes de rechazo a los elementos «podridos» de la sociedad existente, visiones alternativas de una sociedad ideal y componentes gratificadores de certeza, tanto sobre la interpretación de la realidad como sobre la inevitabilidad de la sociedad venidera.

En realidad estos componentes escatológicos estuvieron presentes en muchas formas del pensamiento social de nuestra era, ejerciendo un atractivo especial entre muchos intelectuales. Después de la escisión comunista ese atractivo se polarizó en mayor grado, lógicamente, en torno a aquella rama del socialismo que se esforzó por ofrecer un mayor grado de certeza en torno a formulaciones cerradas y absolutas.

De esta manera muchos intelectuales de izquierdas han vivido más directamente durante las últimas décadas los elementos de dualidad que implicó la escisión comunista, a cuyo fin rotundo ahora estamos asistiendo. Y ahora viven, lógicamente, la perplejidad que produce el derrumbamiento del mito de la «gran utopía», del «gran experimento de ingeniería social». ¿Qué ha quedado de todo ello? ¿Fueron realmente *cambios profundos* los que puso en marcha la Revolución de Octubre? ¿Cómo explicar la rapidez y facilidad con que se han derrumbado aquellas «construcciones» sociales que algunos suponían que estaban abriendo o podían abrir —aun con sus defectos y «perversiones»—, una nueva etapa en la historia de la humanidad?

El peso de la historia inmediata y de las convicciones «de ayer» es tan fuerte aún que hacen comprensible que gran parte de los debates que se celebran en nuestros días para hablar del *socialismo del futuro*, de la *izquierda del mañana*, continúen dando vueltas y más vueltas a explicar *qué ha pasado* en los últimos meses y *por qué ha pasado*.

Al mismo tiempo la conmoción que han producido los últimos acontecimientos políticos ha servido también para impulsar un importante movimiento de revisión crítica en los sectores de la izquierda no implicados directamente en la crisis del comunismo. Muchos de los que hasta hace poco vivían en una especie de seguridad complaciente, ahora se tientan «sus propias ropas» y empiezan a tomar conciencia de la necesidad urgente de revisar posibles carencias, disfunciones y dificultades para revigorizar el discurso socialdemócrata y enraizarlo y adaptarlo mejor a las cambiantes y cada vez más complejas sociedades de nuestros días.

Pero hablar del futuro no es hablar de los errores del pasado. Ni exorcizar los temores e incertidumbres que algunas dinámicas socio-económicas y políticas actuales producen. O, al menos, no es sólo esto. La izquierda no puede dejarse atenazar por la sensación de perplejidad que produce el derrumbe de algunas de las grandes ideologías del pasado, ni puede permitirse el lujo de tumbarse cómodamente en

el diván del psicoanalista a la espera de nuevas certezas y elementos de identidad. El debate de la izquierda no puede plantearse en estos momentos como un psico-drama en clave autocrítica. Y la verdad es que no pocos debates actuales de la izquierda se desarrollan en estos momentos más en términos de análisis de perplejidades y de consideraciones críticas sobre las insuficiencias ideológicas, programáticas, organizativas, etc. —que sin duda existen—, que en términos de un análisis sobre los nuevos elementos de dominación, dependencia, alienación, etc., que existen en las sociedades actuales y sobre las nuevas líneas políticas de acción estratégica a desarrollar a medio y corto plazo.

De esta manera, los *debates estratégicos* y de fijación de objetivos, a veces pasan a segundo plano, en favor de los *debates instrumentales* en los que se priorizan cuestiones tales como la modernización y democratización de las organizaciones, las relaciones inter-grupales, los sistemas de representación y ajuste interno, la circulación de élites políticas, las relaciones con los movimientos sociales —viejos o nuevos— y su «autonomía», así como todo un conjunto de procesos de malestar «difusos» y de cuestiones *relacionales*, sin duda todas ellas importantes en un momento en que se hacen más explícitos los «desfases» y «fatigas» de modelos de organización y de trabajo surgidos hace muchos años. Pero todas estas cuestiones no pueden agotar ni circunscribir, exclusivamente, un debate fructífero sobre el socialismo del futuro.

La izquierda, y sobre todo los elementos intelectuales de la izquierda, durante mucho tiempo han tendido a ver el mundo, y a verse a sí mismos, reflejados en espejos fabricados por ellos —nosotros— mismos. Hoy en esos espejos han aparecido demasiadas estrías que reflejan unas imágenes quebradas y distorsionadas que ya no proporcionan las «certezas» para que habían sido pensadas.

Por ello, actualmente hay que ser capaces de mirar al mundo y vernos a nosotros mismos, directamente, sin espejos. Hay que superar los debates teóricamente cerrados y los análisis planteados en términos de «qué nos pasa», «cómo somos», «en qué nos equivocamos», para afrontar debates verdaderamente políticos planteados en términos de *qué hacer*. Hay que ser capaces de salir del ensimismamiento y del narcisismo estéril y no dejar que la crisis de las *ideologías fuertes* sea seguida por una peligrosa crisis de la *imaginación socialista*.

La izquierda estéril y la izquierda virtual

Más allá de la visión que algunos intelectuales tienen sobre el propio componente intelectual del socialismo, y más allá también de las tensiones dialécticas existentes entre los elementos de *dualidad* antes apuntados, lo cierto es que si contemplamos la historia real del

socialismo con suficiente objetividad, el balance no debe ser, ni mucho menos, negativo o autocrítico. Muchos de los elementos de progreso que caracterizan a las sociedades desarrolladas de nuestro tiempo son, precisamente, resultado de influencia directa o indirecta del socialismo, como movimiento social o como movimiento intelectual.

Por ello, la pretensión actual de algunos sectores conservadores de *amalgamar* socialismo y comunismo en una presentación pública común de inculpación histórica, es una pretensión sin ningún fundamento.

El comunismo, sin embargo, condujo al establecimiento de un tipo de regímenes dictatoriales, inhumanos e injustos, en un esfuerzo que a la larga ha resultado estéril. Probablemente cuando se escriba la historia de este período con suficiente distanciamiento crítico, uno de los rasgos con los que se caracterizará la experiencia soviética será precisamente el que traduce claramente su desenlace final: su esterilidad, su incapacidad para producir cambios profundos que puedan incorporarse al acervo de conquistas de la humanidad como un elemento de progreso firme, irreversible. El argumento tantas veces manejado en los círculos comunistas de que se estaba «sacrificando» a una o dos generaciones para cimentar firmemente las bases de felicidad de las generaciones futuras, se ha revelado a la larga como una falacia y una falsedad histórica enorme. Tanta violencia, tanta tensión y tantos crímenes, ¿a dónde condujeron finalmente?, ¿cuál es la herencia real de la Revolución de Octubre y de su dinámica posterior? En realidad sociedades empobrecidas y atrasadas, con ciudadanos desorientados, carentes de convicciones sólidas y de criterios morales que tengan algo que ver con el socialismo. Ni el peor enemigo del comunismo podría haber previsto un resultado final peor.

La crisis del comunismo ha dejado clara una cosa: que el único socialismo que hasta la fecha ha producido resultados positivos es el socialismo practicado por los partidos socialdemócratas, que no siguieron a Lenin ni aceptaron las famosas —y nefastas— *veintiún condiciones* en que se fundamentó la escisión comunista.

De esta manera, en estos momentos ya no tiene sentido hablar de un «socialismo real» o dictatorial y de un «socialismo democrático». Actualmente ya sólo existe un socialismo virtual —como ocurría antes de la escisión comunista— y probablemente ya no necesitamos ninguna adjetivación o calificación añadida para referirnos a él. El socialismo que existe, que ha funcionado y que ha sido capaz de realizar cambios sociales positivos es el que siguió el camino de las reformas progresivas; un camino de reformas situadas en las coordenadas de un proyecto político *con identidad* propia que no renunció en ningún momento al valor constitutivo fundamental de la libertad, de la demo-

cracia. Ese fue el camino que apoyaron con sus votos millones de trabajadores europeos.

En consecuencia, uno de los elementos de dualidad histórica del socialismo ha sido superado y ello, a su vez, puede influir de manera importante para que el otro elemento de dualidad (movimiento intelectual/movimiento social) se sitúe en una nueva perspectiva y, de hecho, pueda ser interpretado en una retrospectiva histórica con matices diferentes a los que hasta ahora han sido predominantes en los círculos ilustrados de la izquierda.

Durante muchos años los intelectuales de la izquierda han sentido un deslumbramiento especial por los sistemas de interpretación y los modelos estratégicos de acción política de carácter global y omnicomprendivo, susceptibles de permitir desarrollos sofisticados y brillantes y de proporcionar respuestas teóricas y políticas para todo, o para casi todo. ¡Qué cantidad de *summas teológicas* brillantes e inútiles se han escrito durante estos años! ¿Entenderán los estudiosos de las futuras generaciones —si es que alguno lee estos libros— de qué se habla realmente en muchos de ellos, o de qué se quiere hablar?

Desde la perspectiva histórica actual es evidente que algunas de las obras de otros intelectuales y teóricos socialistas consideradas en su momento más modestas y limitadas —y menos enciclopédicas y voluminosas— han resultado a la larga mucho más fructíferas para el desarrollo efectivo del socialismo.

Pero, desde luego, sin minusvalorar ni mucho menos la importancia de determinados impulsos intelectuales y, sobre todo, el impacto de algunas acciones teórico-pedagógicas, lo que resultó clave en el arraigo del socialismo como movimiento social fue la capacidad de algunos partidos socialistas europeos para plasmar de manera gráfica y clara su modelo intermedio de acción, su oferta programática más concreta. Las grandes ideas y los grandes objetivos programáticos, y sus formulaciones más elaboradas, tuvieron la virtualidad de captar el apoyo de núcleos importantes de la intelectualidad y de los cuadros políticos y sindicales más preparados, pero lo que verdaderamente captó las simpatías y lo que movilizó los apoyos de los grandes sectores de población fueron los llamados *programas mínimos*, por medio de los que los partidos socialdemócratas europeos plasmaron una imagen muy accesible y clara de aquellos aspectos de la vida cotidiana que podrían ser cambiados y mejorados con el apoyo de los votos de los trabajadores. La reducción de las jornadas laborales, la regulación del trabajo de mujeres y niños, el derecho a subsidios por desempleo y enfermedad, la atención sanitaria gratuita, las oportunidades educativas, la mejora de las condiciones de vivienda y de calidad de vida, etc. Todas estas aspiraciones concretas en su tiempo fueron juzgadas por algunos intelectuales de izquierda como excesivamente prosaicas y fragmen-

tadas, como algo que tenía poco que ver con el socialismo verdadero, dando lugar a vehementes condenas a aquéllos que las justificaron y que argumentaron a favor de un desarrollo reformista del socialismo.

Sin embargo, los grandes sectores de población entendieron perfectamente estas ofertas programáticas y con sus votos y su apoyo activo impulsaron el desarrollo de los grandes partidos socialdemócratas europeos, que especialmente en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial fueron asumiendo cuotas cada vez mayores de influencia, conquistando responsabilidades de gobierno que permitieron ir traduciendo estas aspiraciones programáticas en medidas concretas. Todo este conjunto de medidas asistenciales configuran lo que se conoce como *Estado de bienestar*, cuyas conquistas sociales han ido consolidándose históricamente como una parte común y querida del acervo social establecido, más allá de las alternancias conservadoras en el gobierno.

De esta manera, lo que en su momento se consideró como algo demasiado «prosaico» y «fragmentado» se ha convertido en una arraigada conquista social de progreso, que ha mejorado indudablemente la calidad de vida, la equidad y la propia funcionalidad democrática de nuestras sociedades, mientras que los grandes y brillantes sistemas supuestamente revolucionarios e imaginativos han conducido a la ineficiencia y el desastre a través de un camino inhumano. ¡Ciertamente, a veces, algunos de los grandes sueños de la razón producen auténticos monstruos!

La *historia*, de esta manera, ha dado la razón a los que fueron capaces de desarrollar formulaciones más concretas, más realistas y, sobre todo, más ajustadas a unos *tiempos* y a unas *posibilidades* de carácter más humano. La ventaja de los reformistas, quizás, fue que pensaron en términos de *proyectos* políticos que podrían realizarse en el ámbito de *ciclos vitales* reales, con horizontes temporales virtuales en los que podían «notarse» las mejoras concretas en la propia vida cotidiana, y en los que no eran predecibles grandes cambios o grandes cataclismos que pudieran cambiar los propios presupuestos y posibilidades de la política que se proponía.

Más allá del Estado de bienestar

Después de la crisis del comunismo, el *Estado de bienestar* se ha consolidado como una de las conquistas más válidas de la izquierda, al tiempo que el socialismo democrático (el adjetivo ya sobra) aparece como la única referencia virtual, como la única guía válida para la izquierda, para los hombres y mujeres con una cultura de izquierdas que quieren contribuir, sea cual sea su procedencia, a impulsar políticas de progreso social y humano y de desarrollo equilibrado.

Pero si esto es cierto, no lo es menos que lo que hoy conocemos como *Estado de bienestar* no supone una consumación perfecta de los tiempos históricos, ni agota las posibilidades de realización del socialismo.

Si uno de los errores que en estos momentos puede cometer una parte de la izquierda, tras la crisis del comunismo, es dejarse llevar por la melancolía histórica y el «ensimismamiento», el error en que, a su vez, puede caer otra parte de la izquierda es el «encastillarse» en la convicción de que la única política virtual del socialismo es la que traduce el Estado de bienestar. El balance político que hoy puede establecerse sobre la experiencia comunista demuestra claramente que ésta ha sido la mejor perspectiva de desarrollo del socialismo hasta la fecha. Pero, sin embargo, la propuesta de *futuro* del socialismo no puede limitarse, sin más, a lograr una mayor eficiencia en la gestión de las políticas sociales. La izquierda actual, ni puede permitirse el lujo de vivir durante un tiempo «deslumbrada» y semi-paralizada por la crisis del comunismo, ni puede continuar operando sin saber qué propuestas de futuro se van a plantear más allá de las realizaciones alcanzadas.

Por ello, el problema más importante de la izquierda en estos momentos no es que el comunismo haya fracasado, sino que aún no nos hemos puesto de acuerdo en qué vamos a hacer después del *Estado de bienestar*. ¿Estamos ante el riesgo de un verdadero problema de parálisis política, de vértigo histórico? Es posible. Pero hay que ser capaces de salir de este punto muerto.

En realidad, la fase actual de desarrollo del Estado de bienestar no debe entenderse sino como una etapa más de un proceso histórico mucho más dilatado de humanización y democratización, que hunde sus raíces más remotas en la formulación del propio concepto de democracia en el ámbito de la civilización griega y que tuvo su plasmación más concreta en tiempos bien recientes a través del impulso de la *Revolución Francesa*, con el desarrollo de la *democracia política* (Estado de derecho). El Estado de bienestar nos ha permitido avanzar en una segunda gran etapa de este largo proceso histórico —la *democracia social*—, en el que aún quedan nuevos pasos que dar y nuevas metas y objetivos que plantear. En torno a estas posibilidades gira hoy el *debate real* de la izquierda.

¿Cuáles son los grandes objetivos y las grandes metas de futuro de la izquierda?, ¿cómo vamos a plasmar imágenes claras y concretas de nuestros objetivos inmediatos entre los grandes sectores de población?

La izquierda hasta ahora ha venido «viviendo» de las aportaciones teóricas de los grandes padres fundadores del pensamiento social moderno y de las formulaciones contenidas en los *programas máximos*

fundacionales de los partidos socialistas de hace más de un siglo. Durante las últimas décadas se han hecho cientos de adaptaciones, lecturas, relecturas e interpretaciones teóricas de estas formulaciones, al tiempo que se han apurado al máximo las posibilidades de desarrollo de los *Programas mínimos* de antaño. Pero hace tiempo que los ajustes teóricos ya no daban más de sí, al tiempo que los programas mínimos estaban llegando ya a un tiempo de *consumación* —«por realización»— en la mayor parte de los países europeos.

El impulso de renovación del socialismo ha estado alimentado en los últimos años por la comprensión de esta nueva situación y por la necesidad de una adaptación al ciclo de grandes cambios que están teniendo lugar en las sociedades de nuestros días (2). Sin embargo, el impulso de renovación, pese a que está teniendo lugar en un momento de superación de las dos grandes tendencias de *dualidad* del pasado a las que me he referido antes, se mueve aún en torno a dos polos de referencia que dan lugar a problemas de *identidad* y de *fragmentación*.

Resulta comprensible que el éxito de la estrategia reformista en la aplicación de los *programas mínimos*, tanto en lo que se refiere a apoyos electorales como a realizaciones prácticas, haya dado lugar a ciertas posiciones ancladas en lo que podríamos calificar como intentos de *explotar la inercia de gestión*. Esta es la posición de quienes creen que la política socialista en estos momentos se ha de limitar a —y se justifica suficientemente por— una buena gestión y aplicación de las conquistas establecidas, reduciendo el programa de los partidos socialistas a una oferta de defensa, asentamiento y buena gestión del modelo del Estado de bienestar, ajustando sus disfunciones económicas.

Sin despreciar ni mucho menos la importancia de una buena gestión del modelo, lo cierto es que estas posiciones pueden dar lugar a serios problemas de apoyo político, en la medida en que constituyen una *oferta blanda* que, de hecho, conduce al desdibujamiento de la *identidad política* de los socialistas, especialmente en la medida en que en muchas sociedades europeas los componentes del modelo de Estado de bienestar tienden a convertirse en parte del *consenso social establecido*. De esta manera, en unos momentos en que bastantes partidos conservadores no cuestionan en la práctica la mayor parte de las conquistas del Estado de bienestar, si los socialistas cometemos el error de situar nuestra oferta preferentemente en el terreno de la mayor competencia técnica, con atención muy primordial a los aspectos macro-económicos, el riesgo será que la *identidad del proyecto* se diluya y que las *prácticas de consenso* se hagan más frecuentes, con la consecuencia inmediata de que los vínculos de apoyo electoral se hagan más débiles, dando lugar a la ampliación de las franjas de abstención y de electorado fluctuante.

En estos contextos podrán surgir —y de hecho surgen— tensiones sindicales nuevas en la relación tradicional de los partidos socialdemócratas con los sindicatos —con riesgos de debilitamiento de los apoyos políticos y electorales—, al tiempo que se desarrollarán nuevos criterios de motivación de voto. La propia evolución de las coyunturas económicas y el eco que lleguen a encontrar las llamadas al *voto fiscal egoísta* de las clases medias, serán elementos fundamentales para determinar quién acaba gestionando —y con qué criterios— el propio modelo de Estado de bienestar, en aquellos casos en los que los partidos socialistas no sean capaces de fijar con suficiente claridad las bases de su propia *identidad política* o, lo que es lo mismo, de su propia *autonomía* como proyecto político diferenciado.

Por otra parte, el proceso de renovación programática que está teniendo lugar en muchos partidos socialistas en ocasiones está dando lugar a la fijación de polos de atención y a la proyección de ofertas y discursos políticos que presentan un notable grado de fragmentación. Esto es lo que ocurre a veces con el discurso inespecífico de la mejora de la «eficiencia» y de la calidad de vida, o con algunas presentaciones del discurso ecologista, o más recientemente con el discurso solidario de apoyo al *Sur*, al que últimamente se añade también el *Este...* Todos estos discursos hacen referencia a problemas importantes y que tienen mucho que ver con aspiraciones nobles y coherentes con el ideario socialista. El problema es que si son formulados de manera aislada, sin un grado suficiente de concreción y articulación estratégica y sin una orientación hacia sectores sociales específicos, pueden llegar a producir el efecto no querido de ofrecer una imagen de *fragmentación y dispersión estratégica*.

En momentos como los actuales, en los que la aceleración de los cambios sociales, políticos y económicos está llegando a producir una auténtica sensación de vértigo, no es fácil formular diagnósticos globales precisos, ni establecer con toda certeza los escenarios concretos sobre los que los socialistas vamos a tener que proyectar nuestra acción política a medio plazo. En este sentido quizás resulte inevitable que surjan algunos riesgos de *desidentificación* y que aparezcan *discursos fragmentados*. Sin embargo, si queremos tomar nuevo impulso, nuestro trabajo habrá de orientarse hacia la superación de ambas tendencias.

La experiencia histórica del socialismo y el desarrollo reciente de algunos acontecimientos nos ha enseñado algunas lecciones de las que podemos obtener varias conclusiones útiles para la orientación de nuestro trabajo futuro.

En *primer lugar* sabemos que los sistemas ideológicos rígidos y cerrados producen efectos enormemente negativos cuando se utilizan como guía de la acción política y conducen inevitablemente al fracaso.

El extraordinario dinamismo de las sociedades de nuestros días y la modificación de algunos de los supuestos en que se basó el socialismo tradicional están dando lugar a problemas importantes de diagnóstico político, que no podemos resolver recurriendo a modelos teóricos de referencia y de interpretación similares a los del pasado. El recurso referencial al pasado ya no nos sirve, ni en lo que tiene de negativo, ni en lo que puede tener de positivo. En sociedades como las actuales, en que los ritmos de innovación tecnológica son tan intensos que el *último* modelo de PC o de vídeo-cámara, o de cualquier artilugio electrónico queda «anticuado» en sólo unos meses, o en el que las grandes centrales de inteligencia son incapaces de prever —o conocer— acontecimientos como el golpe de Estado contra Gorbachov, y su inmediato y súbito fracaso, es evidente que ningún sistema teórico global podrá proporcionarnos las claves precisas que sirvan de guía para la interpretación de la historia y, a la vez, para la orientación de la acción política. La acción política no puede ser entendida sino como una forma de acción finalista que puede ser desarrollada con un mayor o menor grado de rigor y articulación, pero cuyo fundamento no se encuentra en *modelos totales*, sino en voluntades políticas específicas orientadas por criterios morales y por opciones precisas para la solución de determinados problemas, contradicciones, carencias, necesidades, etc. (3).

Probablemente, para poder orientarnos y actuar adecuadamente en sociedades tan dinámicas como las que se están desarrollando aún deberemos hacer un serio esfuerzo de mentalización y de renovación pedagógica. Aún vivimos y somos educados en sistemas y modos de pensamiento y de orientación sumamente cerrados, formalizados y ordenados, que no son suficientemente flexibles, ni evolucionan con tanta rapidez como requieren los acontecimientos. Quizás, uno de los riesgos más importantes de nuestra civilización llegue a ser la arterioesclerosis intelectual; por ello, uno de los retos más importantes de todo sistema educativo es el de capacitar para la flexibilidad, la creatividad y la respuesta adaptativa.

En este sentido es en el que podemos decir que el socialismo del futuro también habrá de estar caracterizado necesariamente por la *flexibilidad* y la *apertura mental*, de forma tal que en el contexto general de sociedades que cambian a gran rapidez el socialismo mantenga también una capacidad permanente de renovación y de actualización.

En *segundo lugar* hay que pensar en términos de una dimensión humana de la política, no sólo en lo que atañe a la indudable orientación humanista del socialismo, sino también en lo que se refiere a los *tiempos* y a los *contenidos*. Las ofertas socialistas han de estar planteadas en tiempos humanos reales; es decir, no como soluciones para el *más allá* (para las próximas generaciones), sino como algo que

ha de poder realizarse y disfrutarse en el propio *ciclo vital* de las personas a quienes se pide un apoyo político concreto. Y esto ha de valer tanto en términos de *proyecto ecológico* como de acceso a la *vivienda*, como de equidad internacional, etc.

De igual manera, la *dimensión humana* del proyecto socialista de futuro tiene que poder medirse y valorarse por la capacidad efectiva para mejorar aspectos concretos de la vida cotidiana. Los grandes referentes ideales, las utopías de futuro pueden ser elementos de dinamización y estímulo para sectores muy específicos de ciudadanos, pero a las grandes mayorías lo que realmente les importa es saber qué aspectos de su trabajo, de su ocio, de su nivel y calidad de vida, etc., pueden ser mejorados por unos u otros programas políticos concretos. Esa fue la gran virtualidad de los *programas mínimos* de los partidos políticos socialistas en el pasado inmediato: que lograron plasmar de una manera muy clara y específica los contenidos precisos de las *políticas asistenciales* cuya aplicación práctica configuró el *Estado de bienestar*. Las ofertas contenidas en dichos programas respondían a *necesidades* sentidas y valoradas positivamente por muchos ciudadanos que entendieron muy bien la oferta socialista y la vincularon directamente a aspectos cruciales de su vida cotidiana.

Los socialistas de hoy tenemos que ser capaces de desarrollar una plasmación tan clara y concreta de objetivos de reforma como la recogida en la oferta de *políticas sociales y asistenciales* —y que tenga tanto que ver con la vida cotidiana de las grandes mayorías ciudadanas—, para lograr que el socialismo de futuro tenga tantos apoyos sociales y tanta capacidad de dinamización como ha tenido el socialismo del pasado y del presente. Precisamente es en este sentido en el que es necesario realizar un serio esfuerzo para completar con nuevos *programas mínimos* más específicos e inmediatos la labor que actualmente ya se está realizando para renovar los contenidos de los grandes proyectos de futuro del socialismo como horizonte general de referencia y frontispicio básico de nuestras políticas.

En *tercer lugar*, la experiencia histórica demuestra también que los bellos y nobles ideales, si no van acompañados de fuerza social y política suficiente, pierden toda capacidad transformadora y devienen en mera y simple retórica. Se nos podrá objetar —en parte con razón— que las ideas en sí mismas tienen una cierta capacidad transformadora —«las ideas mueven el mundo», se nos dirá— y que todo ideal válido puede ser un elemento de referencia con determinada capacidad de impregnación social. Es cierto que algunos ideales socialistas considerados en sí mismos pueden llegar a operar en las sociedades del futuro como una referencia ética y valorativa, al igual que ocurre con otras concepciones ideológicas y *sistemas* morales. Pero evidentemente el socialismo para nosotros ha sido y debe seguir siendo algo más que un referente valorativo. El socialismo tiene que ser un movimiento social

Por ello es fundamental que los discursos de futuro del socialismo tengan un componente estratégico claro y operativo. El futuro no se gana sólo con sermones bienintencionados sobre la ecología, las nuevas marginaciones o la solidaridad internacional. Hacen falta diseños estratégicos precisos y concreciones prácticas sobre las reformas que realmente se pueden hacer en cada tiempo y en cada ámbito determinado y sobre los apoyos sociales con que se cuenta —y se necesita contar—. El *cómo* y los *modos* y las *formas* de las reformas han de ser una parte imprescindible del discurso político de futuro.

Probablemente el problema estratégico más importante que habremos de resolver es el de la transición desde unos modelos políticos basados en el apoyo de una o unas clases sociales, a un modelo de referencia social más abierto. De hecho la propia dinámica de la realidad social ha venido determinando una secuencia de ajustes —incluso terminológicos— en la definición y caracterización de los apoyos estratégicos del socialismo. Así, las nociones de *proletariado*, *clase obrera*, *clase trabajadora*, *clases trabajadoras* (incluyendo los segmentos asalariados de clases medias), *bloque de clases por el progreso...*, delinean las diferentes etapas de una evolución terminológica que refleja la propia dinámica de la evolución social y la misma voluntad de los partidos socialistas de ser, y continuar siendo, partidos con voluntad de concitar *apoyos sociales mayoritarios*.

Las sociedades actuales tienden a complejizarse enormemente, dando lugar a crecientes dificultades para la identificación específica de colectivos sociales con perfiles político-ideológicos homogéneos. La progresiva diversificación de las estructuras de clase y la misma tendencia a la disolución de los elementos tradicionales de identidad de clase, unidos a la difuminación de otras estructuras básicas de religación social y política, están produciendo no poca perplejidad entre los analistas políticos. La *lógica de los intereses de clase* está siendo progresivamente sustituida por haces cada vez más complejos de intereses segmentados según los diferentes ámbitos de vida (en el trabajo, en el ocio, en asociaciones varias, en el barrio, en el consumo, etc.), al tiempo que aparecen nuevas orientaciones en las relaciones entre los sindicatos y los partidos socialistas y surgen los llamados *Nuevos Movimientos Sociales*, dando lugar, todo ello, a escenarios políticos enormemente complejos.

En estos nuevos y complejos escenarios, a su vez, están surgiendo riesgos de otras formas de *desidentificación* del socialismo, como consecuencia y reflejo a la vez de la perplejidad que producen los cambios sociales. Por ejemplo, esto es lo que ocurre con la *desidentificación social* que postulan aquellos que creen que el destinatario estratégico y

la base de apoyo del socialismo es simple y llanamente el *ciudadano, todo ciudadano*. El socialismo así, en estas interpretaciones deja de ser un proyecto político y socialmente específico, para convertirse en un proyecto pretendidamente *universal*; no en cuanto a su finalidad, sino en cuanto a la raíz de sus propios apoyos estratégicos.

Por otra parte, la tendencia a la disolución de algunas formas de vertebración e identificación social, propias de la sociedad industrial tradicional, y la carencia de «instituciones» totales —o suficientemente globales y englobantes—, está dando lugar a que en el ámbito político se esté retomando operativamente la propia noción de «masa». Así, algunas tendencias de des-estructuración socio-política están siendo aprovechadas por determinados políticos para intentar lanzar discursos en los que se combinan argumentos sobre las ineficiencias, disfuncionalidades, déficits democráticos y burocratismos de los partidos políticos, con apelaciones directas al «pueblo-masa», al que quieren dirigirse y al que quieren ver actuando sin la intermediación de los partidos políticos ni otras instancias estructuradas de mediación.

La llamada a la «victoria de las masas», el apoyo a los «patrullajes» ciudadanos, la emergencia de los micro-nacionalismos y la xenofobia, el clima de opinión contra los partidos políticos y sus equipos de dirección —a los que se califica despectivamente como «aparatos»—, unido al desmedido «apoyo comunicacional» que se presta a algunos «políticos» populistas que practican una exótica mezcla de «verborrea chabacana», «cinismo a-democrático», «demagogia social» y «autoritarismo práctico», constituyen ingredientes de una situación preocupante en la que se apuntan claros riesgos de rebrote de fenómenos fascistas o para-fascistas.

Por muy leve y parcialmente que estén apuntadas estas tendencias, haríamos mal en minusvalorar los riesgos de un rebrote del fenómeno fascista, o para-fascista, especialmente en coyunturas de cambio social intenso, de crisis ideológica, de desvertebración social y de pérdida de elementos de certidumbre entre amplios sectores sociales. Ciertos climas de crítica —interna y externa— a la funcionalidad de los partidos políticos tradicionales, y el afán «lapidador» y «denigrador» que practican algunos poderosos medios de comunicación contra la honorabilidad y la credibilidad de los políticos —especialmente los de izquierdas—, pueden ser, sin duda, elementos que coadyuven a crear un cierto caldo de cultivo en que puedan desarrollarse procesos de esta naturaleza.

La renovación programática de la izquierda: la imaginación socialista

La crisis del comunismo y la existencia de algunos signos de «agotamiento» en el programa socialdemócrata, en determinados países europeos, está dando lugar a una radicalización de ciertas posiciones

conservadoras y a un envalentonamiento de sectores y grupos de poder reaccionarios que creen encontrar en las nuevas circunstancias mundiales un clima propio para levantar nuevamente la cabeza y efectuar algunos ajustes de cuentas.

Pero la verdad es que, pese a la confusión que intentan establecer algunos metiendo en un mismo saco a comunismo y socialismo y antagonizando la idea de socialismo y la de libertad, un diagnóstico preciso de la situación actual no debe llevarnos a pensar que la *crisis del comunismo* vaya a arrastrar al socialismo, como algunos pretenden de manera sutil o descarada. El socialismo democrático continúa siendo una de las fuerzas políticas más importantes en la mayoría de los países occidentales y tiene tras de sí una historia y un balance de realizaciones positivas que le hace merecedor de una amplia confianza. Pero el socialismo no tiene sólo una historia de *credibilidad democrática* y de *realizaciones políticas* positivas, sino que cuenta también con cuadros capacitados y recursos humanos suficientes como para hacer frente con éxito al reto de la renovación y revigoriación de su mensaje y su programa, en función de los nuevos datos de la realidad.

No obstante, no deja de ser significativo que en estos momentos el aliento social y los apoyos electorales de las formaciones políticas de izquierda sean, en general, más fuertes en aquellos países del sur de Europa en que aún es necesario completar el esfuerzo para desarrollar y consolidar las conquistas del *Estado de bienestar*, mientras que en otros países del norte de Europa en los que el *Estado de bienestar* está más desarrollado y consolidado, algunos signos de agotamiento del discurso socialdemócrata se apuntan más significativamente, incluso en la orientación de voto de determinados sectores de las clases trabajadoras que ahora parecen preferir a formaciones y líderes conservadores para gestionar con más austeridad un modelo de Estado de bienestar, cuyos supuestos fundamentales no parece que se vayan a modificar.

Al mismo tiempo, importantes núcleos intelectuales y políticos de extracción conservadora han empezado a proyectar con fuerza discursos y propuestas post-liberales en los que se apuntan diagnósticos innovadores sobre la nueva situación y propuestas imaginativas en el terreno económico y fiscal y en el de la participación y gestión de las instituciones. Propuestas y análisis que pueden acabar *calando* en sectores de población de importancia estratégica decisiva.

Los socialistas debemos ser capaces de aceptar positivamente la apuesta que implica la nueva situación y potenciar un debate creativo de ideas y propuestas, que no habrá de ser sólo un debate de intelectuales y para intelectuales, ni un debate referido únicamente a los grandes principios o los grandes problemas mundiales. Nuestro debate

de futuro habrá de ser también —y sobre todo— un debate de enraizamiento social amplio y de propuestas imaginativas y concretas, que permitan entender, y visualizar muy claramente a los ciudadanos, las mejoras reales que podemos introducir —y debemos introducir— no sólo en los grandes contextos sino también, y sobre todo, en la vida cotidiana.

La izquierda puede *afianzar* hoy sus elementos de *identidad* y *revigorizar* más eficazmente su mensaje renovando y desarrollando los contenidos de los viejos *programas mínimos*, a través de un proceso de debate amplio en el que se impliquen amplios sectores de ciudadanos y en el que participe efectivamente todo el entramado asociativo —tanto los «viejos» como los Nuevos Movimientos Sociales—, que en las sociedades de nuestros días, aun con visiones parciales e intereses sectoriales, se orientan hacia posiciones de progreso.

El desarrollo de una oferta programática como ésta, que contenga realmente elementos diferenciables de *identidad* y que suponga un paso efectivo más en el proceso de desarrollo práctico de los ideales socialistas de democratización, se enfrenta con dificultades que a nadie se le pueden ocultar. En *primer lugar* será necesario vencer las resistencias internas de la inercia, el conservadurismo y la pereza que siempre operan frente a todo proceso de innovación y renovación, y que en este caso intentarán ser manejadas desde dentro y desde fuera de las filas socialistas por aquellos sectores de orientación tecnocrática a los que les produce pavor todo intento de innovación.

En *segundo lugar* será necesario establecer ciertos elementos de coincidencia sobre el diagnóstico de la situación presente y sobre sus previsibles líneas de evolución, que nos permitan concretar de manera realista y viable algunos de los contenidos del proyecto y la misma virtualidad de los apoyos estratégicos con que se puede llevar a cabo. A tal efecto no se nos pueden ocultar tampoco las dificultades que en estos momentos existen para establecer un diagnóstico compartido sobre las líneas de evolución social, ante unas perspectivas de un dinamismo extraordinario y en un momento en que se hace notoria la insuficiencia —incluso conceptual— de las ciencias sociales para dar cuenta cabal de los procesos en marcha. Los socialistas nos vemos afectados, así, por las mismas limitaciones de un aparato conceptual un poco envejecido e insuficiente, tanto para establecer los diagnósticos de situación como para expresar y plasmar de manera suficientemente gráfica algunas de las nuevas metas.

En *tercer lugar*, y en relación a los dos anteriores, existe un problema, que aquí sólo querría apuntar, de *conciencia social*, de cómo ven los ciudadanos los problemas y cómo jerarquizan sus necesidades y prioridades. En este sentido la experiencia histórica demuestra que los tiempos políticos no siempre se ajustan con precisión al desarrollo

de la conciencia social. Por ello, los partidos políticos verdaderamente dinámicos y dinamizadores tienen que realizar una intensa *labor socializadora y pedagógica*.

Desde una perspectiva muy general, a partir de los datos de situación actuales, podemos decir que el *discurso-programa* socialista para el futuro inmediato deberá partir de un soporte de apoyo y fundamentación teórica-programática general (del estilo del *Programa 2000* del PSOE, o del Proyecto *Un Nuevo Horizonte para Francia y el Socialismo* del PSF, al modo de lo que eran los *programas máximos* tradicionales) y deberá desarrollarse en torno a dos polos: uno de *carácter interno*, referido a un ámbito de realización territorial acotado, y otro de *carácter global*, referido a cuestiones que por su propia naturaleza desbordan el ámbito nacional.

En lo que al *polo interno* se refiere, habrá que prever el desarrollo y afianzamiento de las políticas asistenciales allí donde sea necesario —especialmente en lo concerniente al desempleo de larga duración y las nuevas formas de marginación y desigualdad social—, garantizando la mejora en la funcionalidad del Estado de bienestar y su defensa contra las recurrentes ofensivas y pretensiones de reajuste de los neo-conservadores.

Sin embargo, el núcleo fundamental de nuestro programa de futuro habrá de descansar en el desarrollo y concreción de una propuesta de avance hacia una etapa de *democracia económica* que sintonice con las aspiraciones de muchos ciudadanos por mejorar su calidad de trabajo y su grado de coparticipación social y corresponsabilización económica. La *democracia económica*, en este sentido, ha de situarse en una perspectiva histórica de más amplio alcance, como un paso subsiguiente a la *democracia política*, en la que se logró un grado importante de *igualdad* política y de corresponsabilización ciudadana, y a la *democracia social*, en la que se alcanzó —o se está alcanzando— un grado importante de *igualdad* social, en nivel de vida y oportunidades sociales, laborales, educativas, etc. Ahora se trata de ir avanzando en la conquista progresiva de una mayor *igualdad/libertad* en la esfera económica, a cuyas puertas hasta ahora se habían detenido las políticas reformadoras.

Los socialistas en particular, y la *ciudadanía* en un sentido más general, primero fueron ganando *poder social* y luego adquirieron *poder político*, pero la verdad es que hasta ahora no han tenido *poder económico*. Y eso se hace notar y produce problemas, disfunciones y efectos negativos en muchas democracias contemporáneas. El proceso social de *humanización* y el proceso político de *democratización* hasta ahora han permitido avanzar hacia formas superiores y más equitativas de organización social y de civilización. ¿Por qué este proceso histórico ha de pararse a las puertas de los lugares de trabajo y de las

instituciones económicas?, ¿qué razón hay para que en las sociedades de nuestro tiempo se haya de mantener la *escisión* entre los modelos de comportamiento válidos para la *esfera política* —donde se estimula y se valora el ejercicio de la participación, la corresponsabilidad, las relaciones horizontales, etc.— y la *esfera económica*, en la que se continúa operando con criterios autoritarios y jerarquizantes? ¿Acaso esto no constituye un atentado contra la *imaginación socialista*, y contra las mismas *posibilidades de la historia*?

Los contenidos específicos de la *democracia económica*, sin duda alguna, habrán de ser desarrollados a través de propuestas específicas y realistas a través de una verdadera estrategia reformadora en la que paso a paso, y en función de los contrastes con la propia experiencia, vayan desarrollándose iniciativas concretas que mejoren efectivamente la calidad de trabajo de la gente, su nivel de vida y la propia funcionalidad de las instituciones económicas.

Los aspectos fundamentales en torno a los que, hoy por hoy, podemos prever el desarrollo de la oferta de la democracia económica son básicamente tres. En *primer* lugar, la *humanización y democratización del trabajo*, perspectiva en la que ya se cuenta con un importante número de experiencias e iniciativas positivamente contrastadas (4). En *segundo* lugar, la *corresponsabilización económica*, por medio de la cual podemos avanzar hacia una efectiva conexión de los ingresos de las personas con los resultados económicos de las empresas en que trabajan. El programa PEPPER de la CE constituye un buen ejemplo de lo que se puede hacer con efectos positivos en este campo (5). En *tercer* lugar, el *control democrático de los grandes monopolios y poderes económicos*, que no sólo son disfuncionales desde el punto de vista de la eficiencia económica y el funcionamiento del mercado, sino que dan lugar también a importantes problemas y desajustes políticos y sociales, a veces de una enorme gravedad. Una democracia no llegará nunca a ser un sistema equilibrado y equitativo si en ella operan grandes poderes económicos que *de facto* se conviertan en grandes poderes políticos y sociales que puedan actuar sin ningún control democrático. En definitiva, la experiencia histórica demuestra que en sociedades como las nuestras, en las que existe la posibilidad de utilizar muchas formas sutiles y sofisticadas de ejercer el poder y la influencia, la concentración de grandes poderes económicos en manos de unos pocos acaba limitando y condicionando en la práctica el poder virtual de la sociedad. Y esto es algo que en una democracia bien asentada se puede y se debe prevenir. La democracia del futuro no puede ser una *democracia mediatizada* por grandes poderes concentrados en manos de unos pocos, que acaben mermando el poder real de muchos.

Finalmente, el *polo global* de la oferta programática socialista ha de prestar atención a la solución de los dos *grandes* —y graves— pro-

blemas mundiales a los que hasta ahora no se ha encontrado una solución efectiva: el problema del *desequilibrio ecológico* y el de las cada vez más *hirientes desigualdades internacionales*.

La tendencia hacia un progresivo deterioro de las condiciones medio-ambientales en este planeta y el incremento de las desigualdades entre los países ricos y los países pobres, que en muchos casos están sufriendo realmente un empeoramiento en su situación de pobreza, requieren urgentemente medidas internacionales efectivas. ¿Por qué no se han tomado estas medidas hasta ahora? La realidad es que si estas medidas no se han tomado es porque no existe una voluntad política suficiente en los dirigentes de los países ricos y porque la opinión pública de muchos de estos países aún no tiene un grado de conciencia política que permita hacer frente efectivamente a estos problemas. *La cultura política* conservadora que predomina en estos momentos en algunos de los países más ricos está basada en criterios de *individualismo, privatismo, anti-intervencionismo económico, narcisismo...*, que implican una visión de la vida y del planeta fundada en la *antisolidaridad*, en el «sálvese quien pueda», en la «supervivencia del más fuerte», y en la concepción de la familia y el hogar —los míos— como una fortaleza o como un gueto de suficiencia.

A partir del predominio de estas mentalidades, que hunden sus raíces en el núcleo ideológico más duro del capitalismo darwinista y pre-social, resulta muy difícil hacer frente con efectividad no sólo a la solución de estos problemas, sino al mismo desenvolvimiento de un discurso socialista de futuro. En este sentido es en el que puede decirse que la *cultura política conservadora* resulta *disfuncional* para hacer frente a los grandes problemas globales de nuestro tiempo. Desde sus coordenadas ideológicas no se puede —no se está pudiendo— afrontar eficazmente la solución de estos problemas.

Por ello la acción estratégica de los socialistas durante los próximos años habrá de prestar una atención central a la *lucha por las ideas*, por el cambio de las mentalidades ciegas e irresponsablemente insolidarias. Por el desarrollo, en definitiva, de una *nueva cultura política progresista*, que resulte funcional con las exigencias de los nuevos tiempos, y que permita hacer frente con medidas eficaces y socialmente apoyadas a aquellos problemas en torno a los que nos jugamos realmente las posibilidades de que nuestra *civilización* merezca realmente tal nombre en el futuro.

La labor pedagógica y de comunicación del socialismo

Los socialistas debemos convencernos de que en política sólo se pueden llevar a la práctica con garantías de permanencia aquellas iniciativas y medidas que encuentran suficiente eco y comprensión en la opinión pública, en la conciencia social y política de las mayorías.

El problema actual es que en nuestras sociedades existen determinados obstáculos y «poderes fácticos mediadores» que no sólo no propician el desarrollo de las nuevas mentalidades y orientaciones culturales necesarias, sino que actúan decidida y deliberadamente en contra.

Lo primero que debemos hacer, pues, es trabajar para crear las condiciones que hagan posible el desarrollo libre de esa nueva cultura renovada de izquierdas que necesitamos. Objetivo que, obviamente, no lograremos con meros sermones bienintencionados, ni con simples iniciativas «parciales». Para lograr inflexionar las tendencias culturales insolidarias y negativas que existen en algunos de los países más ricos de este planeta, serán precisas estrategias políticas eficaces que tengan adecuadamente en cuenta las nuevas formas a través de las que se fraguan las mentalidades y las culturas cívico-políticas en las sociedades complejas de nuestro tiempo.

Por ello, los socialistas, si queremos tener un lugar en el futuro, deberemos ser capaces de realizar en los próximos años un serio esfuerzo pedagógico y de comunicación, acompañado de estrategias políticas capaces de *incidir* directamente en las formas e instancias a través de las que actualmente se realiza la *formación* y la *comunicación*.

En lo que a la *labor pedagógica* se refiere, habrá que hacer un esfuerzo para que nuestros sistemas educativos se adecuen en mayor y mejor grado a las necesidades de formación de las jóvenes generaciones en un espíritu de flexibilidad, de apertura mental y de capacidad de juicio crítico propio, de acuerdo a las exigencias de las sociedades de nuestro tiempo.

La acumulación comunicativa que hace posible la tecnología moderna, y las mil formas sutiles que permiten que esta comunicación pueda convertirse en propaganda cegadora, hacen que la propia formación democrática de las personas y su madurez ciudadana se conviertan en las mejores garantías de prevención contra los riesgos del dirigismo cultural unidireccional. Por ello los procesos formativos deben prestar una atención especial al desarrollo de los valores cívicos. Hay que hacer un esfuerzo especial para que las futuras generaciones se eduquen en el espíritu de la libertad, potenciando la capacidad para el juicio propio, para las visiones globales, para el ejercicio de la *solidaridad*, de la *cooperación*, del voluntariado civil, etc. Y, a su vez, hay que ampliar el funcionamiento de las tareas educativas, de renovación, extensión, etc., a través de iniciativas abiertas y flexibles de formación permanente de adultos.

En lo que al segundo aspecto se refiere, el objetivo de lograr una *comunicación* verdaderamente abierta, democrática y pluralista, debe

considerarse también como una de las prioridades fundamentales del trabajo, no sólo de los socialistas, sino de todos los hombres y mujeres de espíritu progresista y libre que aspiran a seguir viviendo en una *sociedad abierta*, con posibilidades de cambio y de mejora.

La enorme expansión de la llamada prensa amarilla, la tendencia a la concentración en pocas manos de verdaderos imperios de comunicación y el desarrollo de grandes industrias culturales multinacionales bajo la lógica del poder del dinero, constituyen en estos momentos elementos preocupantes de una tendencia cuyas consecuencias habrá que saber prevenir a tiempo.

En realidad, la mayor parte de los ciudadanos de las sociedades occidentales «reciben» cada día solamente las noticias que les «filtran», les «preparan» y les «presentan» unos pocos conglomerados informativos que están en manos de unas pocas personas, que en algunos casos ni se molestan en disimular sus aspiraciones a actuar como verdaderos «virreyes» de la política. A su vez, estos mismos ciudadanos y sus hijos se hartan de ver películas, series de televisión y dibujos animados que no cesan de exaltar la agresividad, la competitividad a ultranza, el espíritu egoísta, la moralidad instrumental y todo un conjunto de valores y actitudes enormemente próximos a esa mentalidad insolidaria, individualista, privatista, etc., en que encuentra su mejor caldo de cultivo el conservadurismo político.

Si todo esto ocurre es porque la mayor parte de los grandes conglomerados informativos y macro-industrias culturales operan de acuerdo, no a la lógica de la necesidad social o del pluralismo político, sino a la simple, pura y dura lógica del *poder del dinero*, en el contexto de sociedades de mercado que aún no han desarrollado suficientes mecanismos de autocontrol —sobre todo a nivel internacional— que prevengan los posibles efectos nocivos de estas tendencias.

Mientras tanto, algunos sectores socialistas y progresistas aún conservan la ilusión de que mantienen el *poder de la palabra*, porque pueden escribir y difundir sus ideas y análisis en minoritarias y a veces mortecinas publicaciones, que ni de lejos pueden competir en poder de influencia con los grandes conglomerados informativos de nuestro tiempo. De esta manera la izquierda puede acabar quedándose circunscrita a un gueto de expresión cada vez más limitado y menos influyente, que en la práctica sólo cumpla la función de proporcionar una relativa apariencia de pluralidad informativa.

En unas sociedades cada vez más ágrafas y menos lectoras (en cantidad e intensidad), con públicos cada vez más segmentados y acotados, la acción difusora de ideas, proyectos y programas no puede circunscribirse a la letra impresa que circula en circuitos minoritarios.

En pocos años hemos asistido a un proceso de sustitución del libro político por el ensayo de revista, del ensayo de revista por el artículo de fondo de periódico, y del artículo de fondo —que ya resulta demasiado largo y tedioso para algunos— por el «suelto», por el comentario breve y ocurrente en el que sólo se puede proyectar —casi como un *flash*— algún que otro chascarrillo o comentario incisivo, pero en el que difícilmente se pueden desarrollar ideas o argumentos mínimamente sólidos y fundamentados.

Así, los elementos de análisis y las valoraciones propias de una cultura de izquierda están corriendo un riesgo efectivo de quedar fuera de los circuitos relevantes de comunicación, en virtud no sólo de estas tendencias sino también de la propia incompreensión de algunos círculos de izquierda de que nos encontramos irreversiblemente situados en las coordenadas de una *cultura de la imagen* cuya influencia no se podrá compensar o contrastar nunca actuando sólo con un tipo de medios comunicacionales muy limitados y con unos enfoques que de hecho relegan algunas de estas iniciativas a un mero carácter de *adorno*, referido al ámbito exclusivo de lo minoritario.

Por ello, la izquierda debe ser capaz de abrir y animar un gran debate político sobre las *garantías y requisitos de una comunicación pluralista, democrática y abierta*, conectado directamente con las propuestas y experiencias válidas de nuestros programas del pasado —especialmente en lo que se refiere al papel compensador y garantizador de lo público— y a nuestras propuestas posibles de futuro, especialmente en lo que se refiere al control democrático de los grandes poderes y a las estrategias de democratización y corresponsabilización en el trabajo, que también deben llegar a los medios de comunicación.

Después de este debate, posiblemente, nos acabaremos convenciendo todos —o casi todos— de que la libertad, el pluralismo, el respeto a las personas y la objetividad informativa se garantizan mejor, también, en los espacios públicos. Ahí pueden estar, quizás, las mejores posibilidades para un impulso y desarrollo libre y no condicionado —y por lo tanto *autónomo*— de la cultura renovada de izquierdas que se necesita.

En suma, los tiempos que vivimos no son tiempos para la inercia perezosa ni para el ensimismamiento. Son tiempos para una nueva *imaginación socialista*. Y la experiencia histórica reciente demuestra que la única imaginación política fructífera es la que sabe estar planteada en términos factibles y concretos y en dimensiones y ritmos humanos.

NOTAS

(1) Ralf Dahrendorf, *Reflexiones sobre la revolución en Europa. Carta pensada para un caballero de Varsovia*, EMECE, Barcelona, 1991, pág. 88.

(2) Sobre este tema pueden verse, entre otros, los libros de las reuniones de Javea, publicados por la Editorial Sistema.

(3) Vid., José Félix Tezanos, «Socialismo y progreso social», en *El Socialismo del Futuro*, n.º 1, Madrid, 1990, págs. 103-115.

(4) Vid., por ejemplo, en José Félix Tezanos (ed.), *La democratización del trabajo*, Sistema, Madrid, 1987.

(5) Vid., Milica Uvalic, *The PEPPER Report: Promotion of Employee Participation in Profits and Enterprise Results in the Member States of the European Community*, Florencia, Bruselas, 1991.
